

provisional al dar su decreto de 21 de Julio de 1843, los autorizó para establecer misiones entre las tribus salvajes que confinan con nuestros departamentos, convencido de la dedicacion que la Compañia de Jesus ha tenido siempre laudablemente en la reduccion de los indios bárbaros; amplíen este decreto, restableciendo sin trabas de ninguna clase y en toda la extension necesaria para el buen ejército de sus ministerios, á esta religion, objeto del amor y la veneracion de toda la república, por sus virtudes y antiguos servicios, de que aun permanecen monumentos indelebles entre los mexicanos. ¡Ojalá nuestros débiles trabajos influyan, para que nuestra amada patria logre ver en su seno esa corporacion, por la que anhelan todos los hombres de bien, y que tanto se aprecia en todas las naciones libres y cultas!



HACE muchos años que ya no existen los Jesuitas, sino en una pequeña porcion de los estados sometidos al vasto dominio de la Rusia: ¡Es esto un bien? ¡Debe tenerse por un mal? Algunos que no los conocen sino por las atroces calumnias esparcidas con profusion en contra de ellos, y se hallan dominados por un espíritu de partido, han dicho, y todavia dirán que es un bien. Los otros, fieles á los antiguos principios, y que están persuadidos que la existencia de los Jesuitas era, no solo ventajosa, sino necesaria para mantener la religion y la buena moral, para la seguridad de los tronos (1)*, para la tranquilidad de los estados, y la verdadera felicidad de los pueblos, no temerán el afirmar y proclamar altamente que es un mal, y un mal gravísimo.

Sin embargo, es una verdad muy constante y averiguada, que tanto los amigos como los enemigos, convienen en asegurar, que despues de la supresion de los Jesuitas, la pública educacion ha llegado á la mas deplorable decadencia. He viajado por la mayor parte de la Europa; por todas partes he escuchado los mismos lamentos sobre el vacío inmenso que ellos dejaron en este ramo. Por todas partes se oyen quejas de la ignorancia y de la incapacidad del mayor número de los maestros que les fueron sustituidos, de sus costumbres, tal vez escandalosas, de sus principios, ¡me atreveré á decirlo? filosóficos, ó lo que es casi lo mismo, irreligiosos. De aquí se sigue que los buenos estudios han decaído; se han descuidado los antiguos, y al fin abandonádoslos, para introducir no sé qué máximas ó gerga de algunos modernos, se han alterado, y echado en olvido las reglas del buen gusto. La juventud, sin guia segura, se ha arrojado á los principios mas perniciosos en todo género. Juntamente con la ignorancia, se ha vuelto intratable, indisciplinada, arrogante, corrompida y viciosa; ni conoce ya freno alguno por parte de la moral ó de la religion. Muchísimos padres y madres no saben qué hacer con sus hijos. Asustados con razon,

[*] Véanse las notas del fin.

por la multitud de peligros que se encuentran en las escuelas públicas, no tienen valor de mandarlos á ellas. ¿Toman el partido de confiarlos á algun ayo ó preceptor? Sus esperanzas quedan igualmente burladas. Por lo comun estos mercenarios no valen mas que los maestros públicos, y nada se consigue con ellos; ántes frecuentemente es necesario despedirlos con ignominia, porque sirven de escándalo con sus vicios á la familia entera. Las mismas universidades protestantes se han resentido del vacio dejado por los Jesuitas, aunque los principios de unos y otros fuesen muy diversos; pero la rivalidad mantenía la emulacion. El deseo de dar el mayor lustre posible á su creencia, era motivo de que por ambas partes se procurase formar con muy gran cuidado buenos discípulos, instruirlos en las ciencias y bellas letras, y componer obras excelentes, que son una prueba incontestable del mérito de los profesores. Estamos muy distantes de pretender criticar á esas universidades. Sabemos que hay en ellas algunos hombres de una ciencia profunda; pero deponiendo toda suerte de prevencion, se reconocerá, que el dia de hoy no son mas que la sombra de lo que eran en otros tiempos.

Esta unánime confesion de todos los pueblos de Europa sobre la buena educacion que daban los Jesuitas, es el mas honorífico elogio que se les pueda hacer. Bien se puede asegurar ser este el lenguaje de la posteridad que comienza á explicarse en favor suyo, de aquella posteridad imparcial, que no se deja seducir, ni por los gritos de la envidia, ni por las adulaciones de una ciega amistad, sino que pesa las acciones de los hombres en una fiel balanza, y los juzga segun su verdadero mérito. Esto solo debería bastar para hacer abrir los ojos á los enemigos de los Jesuitas, y abandonar ya sus preocupaciones.

Algunos gobiernos conceden ya su proteccion á estos religiosos. Las gacetas han publicado que se trata de restablecerlos en los estados de S. M. I. ¿Pueda un tal ejemplo ser seguido de todos los demás gobiernos católicos! Atrévome á decir, que este será uno de los mas señalados servicios que se pueda hacer á la Europa, y por la necesaria consecuencia que produciria un tal acaecimiento, á toda la humanidad entera. La buena y sólida educacion, aquella que forma á los hombres verdaderamente instruidos, tornará á su vigor, se regenerarán las costumbres, los derechos del santuario y del trono serán respetados, y los que pertenecen al pueblo quedarán mas asegurados; y la union, la concordia, la paz, aquella dulce paz que forma hoy el objeto de los deseos generales, despues de los terribles sacudimientos de

que hemos sido testigos, todo se verá consolidado sobre bases estables y permanentes. ¿Ha habido jamás objeto alguno que mas haya merecido fijar la atencion de los hombres de estado, de los ministros, de los soberanos? Sobre este reposa la felicidad de la generacion presente, y todavia mas la de la futura. ¿Podrán ellos dejar de hacer todos los esfuerzos posibles para procurarlo y coronarse á sí mismos de una gloria, que se perpetuará en todos los tiempos?

He creido que las circunstancias actuales fuesen las mas favorables para publicar esta obra compuesta por mí hace algunos años. Ha llegado ya el tiempo de hacer ver á los Jesuitas tales cuales eran, y de vindicarlos de las calumnias imputaciones con que la envidia, el odio y la animosidad se complacieron en difamarlos; ya es tiempo de correr el velo, que ha encubierto las mas odiosas maquinaciones, las tramas mas malignamente dispuestas, las perfidias mas atroces, y los mas perversos medios que se han empleado para arruinarlos y destruirlos. No ignoro las leyes severas de la historia, que imponen la necesidad de decir lo cierto. Hablaré pues sin pasion; pero sin miedo. Quitaré la máscara á muchas personas que han tenido gran parte en este negociado, y que han llegado hasta adquirir una especie de celebridad, por la facilidad que tiene el público de dejarse seducir, cuando para obtener su sufragio se emplea la astucia, la mentira y la calumnia. Pintaré á estos con los colores que les son propios. ¿Y será acaso culpa mia, que su nombre pase á la posteridad con toda aquella ignominia que se han merecido? ¿No sería yo mismo culpable si por hacerles favor, traicionase á la verdad? Apréndase de su ejemplo, que aunque tarde el delito recibe su pena, y que la sola virtud es acreedora á nuestros homenajes.

Se encontrarán en esta obra anécdotas poco conocidas: puede el lector fiar en su autenticidad. He tenido la fortuna de procurarme memorias exactas compiladas por personas, que tuvieron parte en los negocios públicos del tiempo en que se trabajaba para la destruccion de los Jesuitas. He tenido además de esto relaciones muy estrechas con alguna de ellas, que me há informado muy menudamente de cuanto he deseado saber. Me han servido tambien de grande auxilio las obras que se han publicado en pró y contra en aquel tiempo. Me he dedicado á separar lo verdadero de lo falso, rechazando cuanto tenía el carácter de un odio ciego, ó de una parcialidad acaso igualmente ciega.

Antes de entrar en los pormenores históricos sobre la destruccion de los Jesuitas, es indispensable examinar qual era el estado de la Francia, que fué la principal motora, y

que con su influencia la aceleró en lo restante de la Europa. Ella llevaba ya en su seno el germen de los males, que hemos visto estallar con tanta furia, y tenia ya notablemente perdida una parte considerable de su antiguo lustre.

El principio de la decadencia de este reino debe contarse desde el fin del último siglo [el XVII]. Basta leer las memorias del mariscal de Villars para convencerse que los primeros rasgos de su vejez ya se hacian conocer. La mayor parte de los hombres grandes que habian hecho la gloria del siglo de Luis XIV ya habian muerto. Sus sucesores no poseían ni su génio, ni sus talentos. Este mismo principe ya no regía con mano tan firme las riendas del gobierno.

Todo comenzaba á declinar desde aquel tiempo. Las costumbres públicas sufrieron un sacudimiento funesto. Las riquezas llegaron á dominar en el aprecio; el lujo, limitado hasta entónces á los grandes, se fué ya propagando á las otras clases de la sociedad. Veíanse degenerar aquellos sentimientos elevados, que eran germen de bellas acciones. Comenzaban los ánimos á bastardear, si me es permitido usar de semejante término: los hijos, educados con principios menos severos que sus padres, se entregaron á gustos mas frívolos, y á conocer los encantos del placer. Los teatros no servian á otra cosa, que á fomentar pasiones peligrosas.

Los buenos estudios, es cierto que se sostenian aun en las escuelas públicas, y especialmente los Jesuitas los mantenian con honor en sus colegios; pero algunos escritores, que no podian elevarse á la altura del génio de los grandes maestros sus predecesores, creyendo descubrir nuevos caminos para distinguirse, corrian en pos del bello espíritu, que no es otra cosa sino un fantasma de lo bueno, de lo verdadero y de lo sólido, y corrompian ya los principios del buen gusto. Otros, aun mas culpables, convertian la galanteria, noble, que hasta entónces habia sido uno de los caracteres distintivos de la nacion francesa, en pinturas licenciosas, ó con trabajo mal cubiertas, y preparaban en alguna manera aquella inundacion de libertinaje, el cual es una de las principales causas de los males presentes. Hubo finalmente algunos, que osaron impugnar á la misma religion.

En Holanda principalmente fué donde se fabricaron las primeras armas contra ella. Los franceses refugiados, llevando á aquella region, como á una gran parte de Europa, su ódio contra Luis XIV, que habia revocado el edicto de Nantes, hallaron allí una gran libertad para dispensarse de toda consideracion ácia su antigua patria, y procurarle todo

aquel mal, de que eran capaces. No podian imaginar otro mas terrible que el de conmover la religion, la cual es el mas firme apoyo de los tronos y de la felicidad de las naciones. Entre estos refugiados se hallaban hombres dotados de grandísimos talentos, y cultivados con la mas constante aplicacion. Los Basnage, los Le-Clerc, los Beauval, ciertamente honraron á las ciencias bajo muchos aspectos, pero aparentando defender los principios de su creencia, procuraron destruir los fundamentos de toda religion. Entre todos estos, uno merece ser distinguido; este es Bayle.

Pocos escritores han reunido como él tantas cualidades buenas y perversas. Dotado de una sagacidad singular, de una fantasía viva y brillante, y enriquecido de vastos conocimientos, no los hizo servir sino para hacer su doctrina versátil y enredarse en todos los escondrijos del scepticismo; pero posee el arte de cubrir sus dudas con todas las apariencias de la razon, todos los subterfugios de la dialéctica, y los mas seductores sufragios recogidos entre los antiguos y modernos. Embellece sus ideas con un estilo claro, fácil, natural y animado. Lo sagrado como lo profano, lo verdadero igualmente que lo falso, todo se convierte en objeto de sus razonamientos capciosos, de sus jocosidades, de sus bur-las. La religion no ha tenido tal vez hasta ahora un enemigo mas peligroso y mas fiero. Así es que puntualmente en sus obras es donde los incrédulos, multiplicados tanto en lo sucesivo, han tomado los rasgos mas áceros contra ella, y Bayle tiene el horrible honor de ser considerado como su patriarca.

El gobierno de Francia no tomó medidas bastante severas para impedir la divulgacion de las obras que vomitaba la Holanda profusamente. Dejéronse circular con libertad. Se creyó que ó su lectura fastidiaria los ánimos, ó que la refutacion hecha por personas capaces podria ser suficiente para servir de antídoto: mas se engañaron. El veneno se esparcia con igual rapidéz que peligro. El gusto de la literatura era mas general que el que jamás habia habido ántes. La novedad de los principios era un atractivo ulterior para devorar estos libros, y hacia adoptar los rasgos que parecian propios á inspirar dudas, á conmover la religion, ó aun á zanzar las bases de la incredulidad.

No obstante el ejemplo del monarca, y la piedad verdadera y sólida, de que hacia altamente profesion, en ese tiempo, oponian un fuerte dique al torrente, que amenazaba dentro de pcco desbordarse. Pero ni sus esfuerzos, ni su poder sirvieron para contener una terrible faccion, peligrosa igualmente que la impiedad, y que es no menos

que esta enemiga del altar y del trono. Los últimos años de su reinado fueron turbados, y á su muerte tuvo el dolor de ver que todo su reino iba á convertirse en el teatro de las mas funestas disensiones.

Se entiendo lo bastante que quiero hablar aquí del jansenismo. Débil en sus principios y arrastrándose á pasos lentos, adquirió muy pronto considerables fuerzas bajo el reinado de Luis XIII por la actividad y cuidados de un cierto abate de San-Cirán. Este era un especie de hipócrita fanático, que el cardenal de Richelieu hizo encerrar en una estrecha prision, diciendo, que si se hubiese hecho lo mismo con Lutero y Calvino, no habria sido inundada la Europa de aquellos torrentes de sangre que sus nuevos dógmas han hecho derramar. De este San-Cirán tenemos algunas obras de devocion, que nada tienen de notable sino la rudeza del estilo; pero hay una que prueba incontestablemente la perversidad de sus principios. Es la intitulada *Cuestion real*, en la que el autor decide positivamente ser permitido el asesinar á los soberanos (2). Pero Jansenio fué quien dió el nombre á esta secta, y debe vérsese como á su padre y autor. Educado en la universidad de Lovaina, en que Bayo habia sido profesor, y habia enseñado errores condenados por la santa sede, los puso en boga, y les dió además un mayor desarrollo en un grueso volumen sobre la gracia, y tuvo la impudencia de querer hacerlos pasar como doctrina de San Agustin. Fué sin embargo bastante prudente para no hacerlos imprimir en sus dias, lo que seguramente le habria impedido llegar á ser obispo de Ipre. Este libro no fué publicado sino despues de su muerte. Aunque condenado y proscrito por los sumos pontífices, encontró innumerables partidarios, y puede decirse haber sido como una centella encendida arrojada en el pueblo, para ocasionar el incendio mas funesto.

Todo el veneno destilado de las heregias de los siglos anteriores, fué acogido en el seno del jansenismo. Una doctrina perversa, injuriosa igualmente á la bondad y clemencia divina, que cruel hacia á los hombres, una severa moral, máximas y prácticas tan solo propias á inspirar el disgusto y hasta el ódio á la religion, una hipocresia refinada, equívocos, engañadas astucias, bellaquerias, maniobras combinadas con la mayor destreza para escapar de la autoridad, calumnias atroces para perder á sus enemigos; he aquí lo que forma decididamente su carácter, y los medios empleados por él para sostener y darse á temer, para propagarse, para obtener finalmente un absoluto dominio.

Las personas poco instruidas habian creído al princi-

pio que las cuestiones promovidas por el jansenismo no eran sino cuestiones de palabras; cuestiones ininteligibles é indiferentes, que en nada tocaban á la esencia de la religion, y que no servian sino á excitar la bilis de los teólogos en los bancos de las escuelas. Los hombres mundanos reían, ó no atendian á ellas, y los literatos se divertian en ridiculizar el calor, con que, en su juicio, se sostenian simples opiniones. En cuanto al pueblo, nada entendia él ciertamente de estas materias; pero muchos se dejaban seducir de un exterior de reforma, de gravedad, de severidad; y ya se sabe que un tal artificio lo impone y lo engaña en todo tiempo.

La grande arte de los jansenistas, y es el punto en que su secta se distingue esencialmente de todas las demás, ha sido siempre el querer conservar la apariencia de estar unidos á la iglesia. Han conservado las mismas formas externas, los mismos ritos en la administracion de los sacramentos, sus mismas ceremonias públicas. De aquí resulta, que cubriéndose con la máscara de católicos, ganan mas fácilmente la confianza de los que quieren atraer á su partido, y hacerles adoptar sus propios sentimientos. Cual tortuosas serpientes se repliegan en mil maneras, y todos los medios para ellos son buenos, con tal que les sean fructuosos.

Es cosa muy ordinaria que todas las sectas tengan hombres de talento para sostenerlas y defenderlas. La secta jansenística que ha caido hoy en la mas completa penuria de tales hombres, tuvo con oportunidad un considerable número de ellos que le dieron gran boga y le ganaron muchos partidarios. Pascal, Arnaldo, Nicolé, Quesnel, los soltarios de Puerto-Real, todos emplearon la finura del ridículo, todo el imperio de la elocuencia, toda la fuerza del raciocinio, todo el aparato de la erudicion, y sobre todo los mas virulentos sarcásmos, las imputaciones mas fuertes y mas exageradas, contra aquellos que se oponian á sus errores y los desenmascaraban á presencia del público.

Tales errores habian sido muchas veces solemnemente condenados por las bulas de los papas. La autoridad del soberano las habia apoyado; y habia puesto en práctica la severidad de las leyes, la privacion de las gracias y de los beneficios, la pena de las cárceles y del destierro para castigar á esos rebeldes á ambas potestades. Triunfaron de todo con su obstinacion, con su tortuosa conducta, y con el gran número de partidarios que pervirtieron. Vióse á la cabeza de su secta á personas de la corte; y alguna dama de primer rango, que bajo el velo de afectadas austeridades y de una reforma luminosa, cubria, ó creía borrar las manchas de una juventud pasada en los placeres, se de-

claró su protectora. Penetró ella hasta en los asilos de la piedad, donde religiosas fieles á su estado y á sus deberes, vivian en la feliz ignorancia de las cuestiones sobre el dogma; pero imbuidas en estos nuevos errores, no les quedó otra cosa que un orgullo indomable, una terquedad de loco, y una abierta rebelion contra las órdenes de la autoridad soberana. Ella llevó su seducción entre cenobitas quietos hasta entónces, y subordinados á las leyes de la iglesia; entre religiosos edificantes por su virtud y pureza de su doctrina heredadas de sus predecesores; entre congregaciones enteras, que por una inmoderada rivalidad, ó por un zelo bajo entre gentes de la misma profesion, pero firmes é inmutables en la defensa de la religion, adoptaron las nuevas opiniones con un ciego entusiasmo, que pronto las hizo decaer de su antigua gloria. ¿Lo diré todo? no solo una multitud de eclesiásticos de todo rango, pero aun obispos se dejaron arrastrar de esta secta, é hicieron gemir á los verdaderos fieles con su obstinada resistencia á los decretos de la iglesia. Ella se insinuó en algunas célebres universidades, donde la juventud inesperta recibia lecciones corrompidas y preocupaciones obstinadas, que no se borraron ya jamás de su espíritu. Finalmente, para colmo de la desgracia llegó á sentarse en los tribunales y parlamentos, principalmente en el de Paris, con magistrados, que ensoberbecidos con los derechos que su empleo les concedia sobre el poder eclesiástico, parecia que no vibraban la espada de la justicia de que estaban armados, sino para degradar á ese poder, oprimirlo, aniquilarlo, y privarlo de sus mas sólidas columnas.

Pero contra los Jesuitas dirigieron principalmente los jansenistas todo su ódio; pasion fogosa en ellos, y que parece constituye su carácter distintivo. Veían en ellos hombres que habian explorado todas sus sendas, que habian sido los primeros en manifestar sus errores y denunciarlos al público. Estos hombres estaban acostumbrados á combatir, y las multiplicadas victorias alcanzadas por ellos sobre los protestantes, cuyos principios acerca de la libertad y la gracia eran los mismos que los de los jansenistas, los hacian enemigos muy temibles. Era pues peligroso entrar en lid con ellos; y se sabia que firmes é inmutables en la defensa de la fé católica, nada podia detener su zelo, y que mientras mas obstáculos se les presentaban, mas redoblaban su energia. Se creyó por lo tanto deberse emplear con ellos otras armas. Se juró su pérdida para desembarazarse de tales enemigos, y semejante conjuracion principia desde el nacimiento del jansenismo.

33 Pero mientras se podia llegar al deseado suceso, no se

omitieron los medios propios para disponerlo, quiero decir, la calumnia y los libelos. Estos libelos, caidos hoy en olvido, eran sin fin. Se empleaban todas las formas para denigrar á los Jesuitas, escárnios, injurias, historietas fabricadas al antojo, anécdotas inventadas, todo era bueno con tal que pudiese hacerles mal (3). ¿Quién lo creería? ¿y á que grado de ceguedad no es siempre capaz de llegar el ódio? El doctor Arnaldo, uno de los corifeos del partido, que no carecia de erudicion ni elocuencia, cuando escribia con serenidad sobre todas las demás materias, ha querido probar geoméricamente ser lícito injuriar á los Jesuitas. Esta obra no merece sino el desprecio; pero hay otra llena de buen humor, de un fino ridículo, y agradable, aunque se vean en cada página las contrasenas de la calumnia. Estas son las *Cartas Provinciales* de Pascal, las cuales ciertamente el día de hoy han perdido muchísimo de su interés, mas todavia se leen con gusto. No hay, en efecto, obra que haya hecho mayor perjuicio á los Jesuitas, y aun se puede llegar á asegurar que ellos no han podido jamás rehacerse todavia por las huellas profundas y terribles preocupaciones, que ellas dejaron en su contra en el espíritu de cualquiera lector (4).

La bula *Unigenitus* acabó de enfurecer á los jansenistas. Ella fué publicada por Clemente XI para condenar las ciento y una proposiciones estraídas de las *Reflexiones morales sobre el nuevo Testamento* de que era autor el padre Quesnél del oratorio. Esta obra habia excitado los elógios, la admiracion, y hasta el entusiasmo de toda la secta. Esta acusó á los Jesuitas de haber provocado la bula, y aun de ser los autores. El padre Le-Tellier, confesor de Luis XIV, fué sobre todos el blanco de sus mas venenosos tiros. Sin embargo, este monarca la hizo registrar en los parlamentos como una ley del estado. Fué necesario todo el hábito del respeto á sus mandatos, para que se procediese á registrarla, especialmente en el parlamento de Paris, en que ya muchos miembros se habian declarado partidarios zelosísimos del jansenismo. Pero toda la Francia fué incendiada. Por todas partes saltaban disensiones y lamentos. Se habria dicho que esta bula era una calamidad pública; tanto así se la presentaba bajo todos los coloridos mas odiosos, y como el compendio de todos los males reunidos.

En tales circunstancias ocurrió la muerte de Luis XIV. El duque de Orleans regente en la minoría de Luis XV, dió al principio de su administracion un gran pábulo al jansenismo con la proteccion que le dispensó. Conociendo que tenia necesidad del parlamento de Paris, primero para anular el testamento del rey difunto, á fin de asegurarse la regen-

cia, y despues para otros muchos actos gubernativos, su gratitud y complacencia no tuvieron límites. Convino en cuanto se quería. El padre Le-Tellier fué desterrado, y los Jesuitas arrojados de la corte. Los jansenistas levantaron entonces la cabeza altaneramente. Tuvieron la libertad de esparcir su doctrina sin ser molestados de ninguna suerte. Algunos prelados, á cuya frente estaba el cardenal de Noailles arzobispo de Paris, se declararon apelantes al futuro concilio como de abuso de la bula *Unigenitus*. Tuvieron un inmenso número de secuaces. Algunos curas ignorantes, algunos religiosos que vejetaban en la inmundicia de su saco, creyeron llegada la ocasion de salir de la obscuridad á que estaban reducidos. No hubo clase, aun entre los artesanos mas sencillos, que no siguiese semejante ejemplo. Lo que fué mas deplorable fué, que la universidad de Paris participó de esta deshonra. ¿Qué suerte, pues, de lecciones podian recibir sus discípulos, bajo unos maestros que predicaban abiertamente la rebelion á los decretos de los sumos pontífices? Pero esto era lo que menos interesaba á los jansenistas. Uno de los puntos principales de su heregia es reducir á los mas estrechos límites, ó mas bien de destruir la autoridad de los papas, y hasta la de los obispos, poniendo todo á un nivel en la gerarquía eclesiástica.

El regente tuvo pronto ocasion de conocer sus manobras. Vió que eran otros tantos embrolladores y facciosos. Volvió sobre sus pasos y repuso á los Jesuitas en la corte, donde permanecieron hasta su destruccion en calidad de confesores del rey y de la real familia. Convirtiéronse los jansenistas en objeto de su desprecio. Se engañó en no pasar de ahí: debió obrar severamente contra ellos, y no dejarles la libertad, como lo hizo, de esparcir siempre mas su perniciosa doctrina. Pero no es esta la única falta que se puede reprochar á aquel príncipe.

No podrá negarse, que tuviese mucho espíritu y muy cultivado: poseía éi muchas luces. La magnífica galeria de cuadros formada en el palacio real que era suya, prueban su buen gusto por las artes. La Francia se encuentra hoy privada de uno y otro (5) por la venta hecha por su sucesor el duque de Orleans, cuyo nombre se ha convertido en infamia. Su avaricia y bajeza de ánimo le han hecho preferir el dinero á la posesion de tales obras maestras. Pero es forzoso decir tambien, que los principios del regente en materia de religion y de moral, eran muy reprehensibles. Hemos visto ya que los espíritus estaban dispuestos á una impulsión para romper las leyes de una y otra, y él fué el que desgraciadamente la dió.

Desde mucho tiempo ántes era él muy sospechoso en lo que concierne á la religion; y aunque no osase, durante la vida de Luis XIV, su tio, que era un hombre zelosísimo sobre este punto, manifestar sus propios sentimientos, sin embargo no dejó de inspirarle una justísima desconfianza. Hizole frecuentemente severas reconvenções en el particular. Cuando llegó á ser depositario de la suprema autoridad, dió un libre curso á sus propias opiniones. El palacio real vino á ser el centro de union de los bellos espíritus. Se disertaba con aquella ligereza de burla que muchas veces para los franceses equivale á convincentísima razon, sobre graves materias que se escapan á las débiles luces de los hombres, y que la sabiduria de los siglos anteriores habia cubierto bajo el velo de una respetuosa fé. Permitíase decir chistes y bufonadas, que circulaban en seguida entre los camaradas, y cuyo efecto seguro era hacer ridiculos ó despreciables los objetos mas sagrados, y las personas que mas necesitaban de la pública estimacion. En esta época fué cuando la impiedad, hasta entonces tímida y oculta, osó mostrarse descaradamente y jactarse de sus máximas, razonamientos y sistemas, los cuales no se dirigian á menos que á destruir todas las esperanzas de los hombres por un porvenir mucho mas importante que la vida presente; y aun á trastornar toda la sociedad entera.

Si merece el regente la desaprobacion de todos los hombres virtuosos por el impulso dado por él mismo á la impiedad, no lo merece menos por la terrible inmoralidad que introdujo en la Francia. Es verdad que en todos tiempos tuvo que llorar muchos desórdenes de esta especie; pero se ruborizaban de ellos, no se hacia ostentacion, y se respetaba la exterior decencia. Todas las reglas del decoro fueron entonces violadas. El pudor me prohíbe trazar el cuadro de las orgías que se tenian en el palacio real. No, las bacanales de los antiguos no sobrepujaban á las de esta reunion impura, en que se hallaban algunas personas corrompidas, en una corte que se corrompia cada dia mas. Basta saber, que cuanto la molición tiene de mas sensual, la voluptuosidad de mas refinado, y el mismo libertinaje de mas grosero y repugnante, todo se hallaba allí reunido.

¡Felices no obstante los franceses si esta inmoralidad no hubiese traspasado los límites de este palacio real! Pero ella traspasó todo límite, se esparció por todas partes con la impetuosidad de un torrente desbordado, llevó su veneno á todas las clases de la sociedad. Desde aquellos